

ENCUENTROS EN CATAY

Nº33

Revista Anual

2020



UNA TEORÍA EXISTENCIAL DEL TOREO PRESENTADA EN CHINA

Ignacio Ramos Riera
Universidad Pontificia Comillas

RESUMEN

Este breve artículo nació de un compromiso de cómo presentar los toros a un público de estudiantes chinos. Se trata de llamar la atención con un arte, la lidia, que es un juego pero en el que se juega la vida. La lidia es algo serio y dramático. La interpretación existencial es clara y cada uno de nosotros está ante la vida retadora y peligrosa como ante el toro. El intento de hacer llegar a un público chino que nuestra fiesta no es solo puro folclore ni tampoco una frivolidad, me llevó a ir a fondo e intentar que la lidia representara la lucha diaria que nos cuestiona y que no nos puede

dejar indiferentes. Me interesaba que mis oyentes se fijaran en un desenlace posible, aunque no es el normal: que tal lucha termine con ambos, torero y toro, salvando la vida, gracias al indulto. No se trata de vencer o ser vencido en el juego de la vida sino de entrar en una danza de vida y muerte que llegue a ser arte. Un público chino, con un bagaje de civilización milenaria, comprende bien que lo que está en juego al torear no es solo contemplar la armonía o belleza de una estampa, sino es mirar al toro furioso de frente para atreverse a confrontar el lote del juego de la vida.

La vida es un juego. Si uno puede reconocer algo de verdad en este aserto -o sentirse motivado por él que es como una versión “mocional” de lo que sea la verdad-, es entonces imposible no contar con ciertas razones que explican esta situación. Puede pensarse en base a un esquema de lúdicos protagonistas, representándose a Dios como gran escenógrafo -que incluso pisa las tablas-, y a los seres humanos y demás bestiales criaturas como intérpretes. Puede, también, pensarse

desde la metáfora de un Universo ciego, como un espacio con leyes que es el marco inexorable donde -de forma emergente- ganar y perder acaba siendo relevante.¹ Sea como sea, son presupuestos que asumen que hay casualidad y libertad en la existencia -porque partíamos de que la vida es juego-. Estos dos elementos obligan a la apuesta que se produce en la lidia.

Decir lidia no es todavía hablar del toreo. Lidiar es ante todo una palabra para describir el estado de juego atendido a la casualidad y a la libertad en que estamos sumidos. Es tan serio y dramático este juego, que preferimos llamarlo arte. La tradición del toreo y el mundo tauro-máquico surgido en torno a éste, es al fin y al cabo un sacramento que reproduce en miniatura, de forma ritual y real, este drama de la vida. Por eso, independientemente de los seguidores que coseche o de los marcos jurídicos en que se le obligue a dejar de existir, el toreo en su significado es relevante, porque no remite a la farándula de un mundo cultural contingente, sino a la misma esencia de lo que es jugarse la vida. Por eso, aunque sea desamortizada o perseguida por revoluciones racionales varias, la lidia seguirá viva en formas que nadie puede imaginar, pero que los poetas, aventureros y maestros tendrán que encargarse de recrear.

En una gran cultura rica en significados como es el mundo civilizatorio chino, el toreo no necesita de especial introducción, porque la conexión es inmediata. En cuanto comprenden dos claves básicas de esta tradición, los chinos suelen sentir -esa es mi experiencia mayoritaria con ellos- una profunda comprensión de lo que está en juego al torear. Quizá lo que les atraiga profundamente, más allá de la belleza de las estampas -que también, honestamente, podría provocarles repulsa-, es que reconocen en las fiestas taurinas un sacramento de la vida, donde

[1] Cfr. PASCAL, Blaise, “Recueil des originaux p. 3-1 r/v° et 7-1 r/v°”, <http://www.penseesdepascal.fr/II/III-moderne.php>, consultado el 19 de abril de 2020.

ante todo queda representada, no la armonía perpetua de un *taijitu* (太极图) de simetrías bellas, sino la posibilidad brutal ora de perderlo todo para siempre, ora de ganar mucho de momento. Les admira esa como honestidad y valentía de mirar de frente a un toro furioso que, como la vida, pasa por delante exigiendo acometer el lance. Ellos intuyen que en una situación como esa el *yin* palidecería más allá del blanco puro y el *yang* lo apagaría todo con su negrura, y que eso es algo posible que puede suceder para el sujeto. Me parece que, de forma intuitiva, sienten que es una ganancia cultural disponer de símbolos festivos que lo representen; sienten que es valioso poder manejarse en un tipo de discurso que integra la perspectiva del “sujeto amenazado” en esa hermenéutica de la existencia de la que todos precisamos. Porque al fin y al cabo, el tipo de improvisación que se hace carne en el torero para poder seguir con vida, alude a una capacidad para dialogar con la existencia -esto es, a un tipo de discurso- muy a ras de suelo, muy atenido al lance que requiere respuesta ágil, para el que ni el confucianismo con su estricto código moral, ni el taoísmo con su insistencia en la pasividad ofrecen fácilmente el capote o el burladero adecuado.² Protegido por el velo de exotismo que protege del juicio vehemente, el toreo aparece, en suma, ante los chinos, como una inspiración para atreverse a confrontar -a ras de suelo, ataviado con faralaes y ribetes si es preciso- el lote del juego de la vida.

Hay una serie de experiencias que me han ido ayudando a percibir la inspiración que el toreo proporciona a muchos chinos que se ponen a considerar esta tradición iberoamericana. Quiero aquí mencionar una de ellas. Cuando en marzo de 2014 un amigo chino me pidió colaboración para dar una charla a estudiantes de la Universidad de Economía y Comercio de Pekín (对外经贸大学, en inglés conocida como

[2] Cfr. FOSTER, Robert W., “Understanding the Ethical Universe of Neo-Confucianism” en RICHEY, Jeffrey L. (ed.), *Teaching Confucianism*, Oxford 2008, 113-117.

UIBE) con el tema "juegos extremos" acepté el reto sin pensar mucho en qué saldría de aquello. Yo llevaba ya unos meses viviendo y aprendiendo chino por allí y aquello me pareció una buena oportunidad de entrar en contacto con gente y compartir algo de mi mundo y mi cultura. Se trataba de dar con un contenido que fuese capaz de captar su atención y, tal como insistía mi amigo, si era posible, propiciar en ellos una experiencia de *shock* cultural. Yo me decía que, ya que tenía que haber *shock*, habría que intentar que fuese de aquellos que no solo impresionan y extrañan, sino que conmueven e interpelan por dentro. Habría que pasar del juego al arte.

Por eso, empecé presentando una forma ciertamente impactante de juego que no pocos adolescentes occidentales practican en sus días de desmadre y sin razón, pero que no tiene nada de inspirador: el llamado *balconing*. Quería captar la atención de mis oyentes chinos y empezar por presentar una forma triste de simbolizar ese jugar extremo de la existencia donde la adrenalina se lo traga todo. Me interesaba despertar preguntas como la de qué habrá detrás de ese tipo de conductas: porque la expresión es absurda e irresponsable, pero la motivación aún pervive como algo que tiene sus razones personales. Quizá seducir, quizá reivindicarse grupalmente, quizá evadirse de conflictos interiores demasiado complejos para ser afrontados con palabras de púber...³ Desde ahí, di el paso a presentar el toreo, un tipo de juego que merece ser llamado arte, que también puede provocar conmoción, pero que ante todo puede abrir ventanas para conectar con esas razones profundas que se trata de gestionar ante la incertidumbre de la vida. Se trataba de pasar del *shock* de una cabeza abierta rezumando borrachera en una piscina de hotel mallorquín al *shock* de una herida abierta coagulando terrones de arena, de la tierra áspera del alma que puede hacerse luz.

[3] Cfr. CRISORIO, Ricardo L.; LESCANO, Agustín A.; ROCHA BIDE-GAIN, A. Liliana (coord.), *La educación corporal como programa de investigación*, Buenos Aires 2019, 88.

“¿Cómo explicarle a un chino, especialmente si es alguien culto y con visión global -me decía a mí mismo-, algo de la tauromaquia sin que esto le lleve a ver en esta fiesta solo una expresión más o menos curiosa de una tradición popular, un evento folclórico más o menos impactante, una atracción más o menos sanguinolenta de paños de colores?”. Yo mismo me había debatido antaño en estos términos ante la pregunta del estatuto del toreo y su cuestionada dimensión artística. Y así me propuse ir en busca de la hermenéutica profunda que lo mismo me abraza a mí, que al banderillero de Guillena, que al estudiante de ojos rasgados de Changchun al contemplar a una bestia y a un hombre emplazados a vida o muerte sobre fondo albero. La idea que salió de ahí me fascinó y me ha llevado a descubrir en el toreo un arte que, con toda su problemática a cuestas, puede lograr que un grupo de estudiantes chinos salieran de aquella charla vitalmente cuestionados, culturalmente impresionados, humanamente removidos y espiritualmente comprometidos. Eso sí, me pareció descubrir una condición esencial para ello que pudimos debatir aquel día gracias a las preguntas de los universitarios chinos.

Para que el toreo pueda desplegar este poder representativo y artístico para la lidia del juego de la vida, hay que aceptar la premisa de un ideal hacia el que tiende y que puede ser ingenuamente pasado por alto hasta por profesionales de ese mundillo: el indulto. En efecto, se trata de otorgar el papel central al ideal que evoca el indulto, esta conclusión rara, pero siempre posible que sigue a cualquier faena. ¿Sería una invención mía o es algo que late, como posibilidad, en el pecho de cualquier torero, y de cualquier enardecido con la Fiesta nacional, y cualquier presidente y cualquier mozo de cuadrillas... incluso de cualquier opositor dispuesto a bañarse en pintura roja de protesta en una plaza pública de España y sus comunidades?⁴

[4] Cfr. ESPARZA, Daniel R., “Perdonar al toro”, *Logoi* 37 (2020), 78-88.

Como les explicaba a los alumnos en una mezcla de inglés y chino en base a una presentación de *powerpoint*, “en una corrida puede haber básicamente un triple desenlace: a) El torero muere desangrado, empuinado por el toro; b) el torero sobrevive y hace faena con el toro, que muere; c) ambos se salvan”.

José Luis Ramos -para quien este artículo es un tributo- me hizo ver que aún caben otras posibilidades, como el que se suelten las vaquillas y el bóvido vuelva a toriles y, claro, también que aquello “no sea faena ni na’, un bodrio en toda regla”. Pero estas posibilidades tornarían demasiado compleja la presentación a los alumnos chinos porque en circunstancias habituales la incompetencia no puede ser integrada en un discurso del que quepa esperar algún provecho. A mí me interesaba que los alumnos se fijasen en el tercer caso mentado, el más extraño y *a priori* inimaginable para ellos. Quería que pudiesen contrastar balbucientemente sus primeras ideas sobre el toreo a esta luz y que viesen en ello el ideal al que aspira cualquier corrida: Ambos, torero y toro salvan la vida; su lucha es tan intensa, tan bella, tan honesta, tan plena de arte y coraje que una mayoría de la plaza desengurruña el pañuelo blanco de sus bolsillos y pide al presidente que indulte al toro. Que viesen en esto el culmen del toreo, por muy raro que sea que esto acontezca.

A partir de aquí la interpretación existencial es clara. El torero es cada uno de nosotros, y estoy ahí, en la plaza del vivir ocre, vulnerable ante un toro bravo que son las dificultades de la vida, como retos y peligros que antes o después van a embestirme. El torero puede ver así al toro como su enemigo, al que se trata de vencer y aniquilar con vistas a estar seguro, a obtener buenos dineros de esa corrida y a granjearse alabanzas en el público. Pero también puede, dejando atrás esta fascinación de lisonjas y enconamientos, mirar más hondo, consentir a más riesgo y descubrir así que el más bello y verdadero desenlace de

una lidia es que ninguna criatura sea destruida. Y constatar que este caso extraordinario se vuelve inspirador y consolador para otros en un vuelo de pañuelos albos al viento.

Esta posibilidad, como la vida misma, reclama grandes dosis de confianza en esa misma vida que lo ha dispuesto todo así. Exige fiarse de que estar ahí, en el trance de la arena, en definitiva, tiene sentido pese al riesgo de enfrentar al toro y de sentir el momento lleno de aflicción y angustia. Desde este ideal del indulto, el toreo, como símbolo, obliga a la esperanza porque no cabe acularse en tablas ni abusar de las banderillas como sugieren respectivamente los humanismos a la carta o los populismos desvergonzados.⁵ Supone creerse que hacer una buena corrida puede ser inspirador para otros y generar confianza en ellos. Cierto que pocos toros tienen aquella casta que de pura nobleza les merece el indulto y ese es también un misterio de la vida; pero en la vida hay muchas lidias y casi no hay toreros que puedan quejarse de que siquiera un día inesperado, con las manoleínas pringadas de arena húmeda, la oportunidad de esa confianza plena y bella no llamó a su puerta. El toro de lidia será llevado de vuelta a sus prados quietos donde pasará el resto de su vida sin ser molestado y, sobre todo, siendo profundamente respetado. Porque atacó abajo, largo y sin cabeceos, y el paño supo conducirlo hasta detrás de donde cuelgan los cuévanos, y llegada la suerte de espadas aún tenía fuelle donde otros le hubiesen devuelto al torero la ilusión engañosa de que en la vida se trata de ganar. Pero se salvó, porque no se trataba de vencer o ser vencido en el juego de la vida, sino de entrar en una danza de vida y muerte que llegue a ser arte. Ese que, en China como en España, puede hacer que los seres humanos descubran un modo de vivir a ras de suelo y sin cobardía.

[5] Cfr. RAMOS RIERA, I., “探索道德目标与动机之间的实践联系 - (The search for a practical bond between moral goals and motivation)”, en XU, Z. (Dir./ Ed.), *实践哲学评论 - The Review of Practical Philosophy. Vol. 2*, Guangzhou 2015; SPARKS, R., “States of insecurity: punishment, populism and contemporary political culture” en McCONVILLE, S. (ed.), *The Use of Punishment*, Londres 2013.